



***Edward J. Watts, The Eternal Decline and Fall
of Rome: The History of a Dangerous Idea,
Oxford, Oxford University Press 2021, 301 pp.
[ISBN: 9780190076719]***

MARCO ALVIZ FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid
maalviz@ucm.es

El prolífico profesor de la Universidad de California San Diego, Edward J. Watts, especialista en la historia de la intelectualidad y la religión en la Antigüedad Tardía, subraya en sus primeras líneas (p. ix) que *The Eternal Decline and Fall of Rome: The History of a Dangerous Idea* iba a constituir en origen una contribución en forma de artículo académico al uso; en cambio, pronto se dio cuenta de que lo que había surgido como una conversación al hilo de un encuentro científico había tomado forma de lo que no podía convertirse sino en otro volumen más de su larga lista de aportaciones en forma de libro. La obra consta de 17 capítulos a los que ha de añadirse la introducción y, al final de la misma, las pertinentes conclusiones, así como el corpus de notas y un útil índice general de nombres y materias tratadas.

Resulta sumamente llamativo que una obra de un autor estadounidense acerca de la noción de declive y caída del Imperio romano comience (*sic* p. 1) con alusiones directas al partido de extrema derecha español Vox. En verdad, realiza un paralelo con el discurso trumpista dominante en una parte de la sociopolítica actual subrayando la “tradition of manufacturing the perception of widespread decline in order to destabilize the present” (p. 1). Esto es, el retorcido empleo de la retórica del declive con fines propagandístico-electoral, para lo cual, admite, solo resulta necesario una breve instantánea —como subtitula este capítulo introductorio (“a snapshot and a story”)— de la realidad. Y es que Roma es el estado al que más se le asocia en la mentalidad colectiva con la idea de declive. Pero, a su vez, asimismo con la de renovación o restauración, la cual solía acompañar a la fase negativa abanderada por aquellos que sustituían a sus supuestos causantes. Precisamente esta constituye la razón de ser del libro, es decir, Watts

reúne “the stories of the people who spun these tales of Roman decline and peddled Roman renewal” (p. 4) y que dejaron siempre un rastro de violencia y víctimas mortales del que se hace eco el autor. Así pues, el profesor californiano emprende un camino que le conduce desde la Roma tardorrepública hasta nuestros días bajo el prisma del *continuum* histórico que ha significado el empleo de la retórica del declive y la restauración de Roma.

Para empezar (cap. 1), el autor señala cómo la retórica del declive romano en su etapa tardorrepública pasó primero por el tamiz de los políticos antes de hacerse realidad. El conservadurismo y reaccionarismo de personalidades como Catón el Joven terminó por ser marginado en los últimos tiempos de la República incluso por los propios herederos de esta línea de pensamiento optimista. Sin embargo, no pudieron evitarse los constantes derramamientos de sangre desde los Gracos en adelante convirtiendo, adjetiva Watts, la República de la ley en la de la violencia (cap. 2). De esta forma, el horizonte quedaba expedito para que Octaviano se irguiera, como Augusto, en adalid de la renovación de la República bajo un nuevo régimen político: “Romans knew that they had traded the traditional political freedoms of the Republic for the novel security of one man’s rule” (p. 28).

A partir de este momento, la forma “augústea” de gobernar se convirtió en el paradigma enarbolado por futuros renovadores y aplacadores de etapas de declive (cap. 3). Así lo hizo, por ejemplo, Vespasiano con respecto a la última etapa neroniana, así como también Trajano con la de Domiciano. Durante el siguiente milenio, cada nueva dinastía se vería en la obligación, por un lado, de justificar la legitimidad de su ascenso en tanto que restauración de una edad dorada y, por el otro, de señalar el fracaso de su antecesora como producto de un proceso de degeneración y declive. En ocasiones, el cambio dinástico era descrito mediante una supuesta continuidad sin declive, como en el caso de los Ulpio-Aelios a los Severos, que acudieron a formas de ficción dinástica y genealógica como la *adoptio* en aras de señalar que la edad de oro Antonina todavía no había concluido (cap. 4).

La crisis del siglo III trajo consigo abundante declive y muchas falsas restauraciones; no es de extrañar que se trate de un momento histórico en el que se buscó la culpabilización en la falta de piedad para con los dioses del pueblo romano y en sus pecados cometidos (cap. 5). En este contexto, la época de Constantino I dio paso a lo que Watts denomina la “revolución de la sugestión y la persuasión” (p. 78) con el origen de la noción de progreso cristiano y la unidad en la fe al nuevo y único Dios (cap. 6). Pero el balance y tolerancia entre paganismo-cristianismo no tardó en romperse dando lugar a una renovación romana únicamente cristiana (cap. 7). No obstante, dicha restauración apenas se mantuvo en pie en el Occidente romano de los siglos IV y V, si es que alguna vez llegó a erigirse verdaderamente (cap. 8). Finalmente, y pese a los intentos restauradores de Justiniano (cap. 10), la *pars occidentis* del Imperio se perdió; si bien la retórica cristiana de Agustín de Hipona ya había argumentado

que lo fundamental no era el mundo terrenal, sino la Ciudad de Dios, y que, por tanto, Roma simbolizaba el pasado del ser humano y Cristo el futuro (cap. 9).

En adelante, los males de Roma continuaron a ambas partes del Mediterráneo y, enseguida, con la nueva amenaza musulmana en ciernes. La salida de culpabilizar a los súbditos y sus pecados condujo a líneas teológicas como la del iconoclasia (cap. 11). Carlomagno abrió una tercera línea imperial en el norte de Europa colocando el trono de Aquisgrán en paralelo a los del papa de Roma y del emperador bizantino en Constantinopla (cap. 12). Sin embargo, este nuevo pseudo Imperio romano de origen franco no sobrevivió a la muerte de su fundador. En este punto, se produjo un nuevo resurgimiento de Bizancio (cap. 13), un Imperio romano de Oriente que soportaría incluso la toma por parte de los cruzados de su capital y llegaría todavía a contar con la dinastía más longeva de toda la historia imperial (cap. 14).

Sin embargo, la dinámica declive-restauración se iba a quebrar con la caída de Constantinopla frente a los turcos, cuando menos en la versión de la mentalidad occidental, pues en este momento fue el sultán quien se proclamó “César de los romanos” (cap. 15). A este hito siguieron propuestas optimistas de restauración de raigambre en esta ocasión helena y no romana, o bien pesimista con una parte de los otros romanos admitiendo la preponderancia del turco. Algunos incluso no perdían la esperanza de una reconquista del cristianismo latino occidental con el emperador Carlos V como su príncipe (cap. 16).

La idea política de Roma resurgió en otros hitos históricos como la Revolución francesa o el nacimiento de los Estados Unidos y en autores como Bruni, Maquiavelo o Montesquieu; aunque ninguno como el tocayo del autor, Edward Gibbon, para reflejar el poder de la expresión “decline and fall”. Por su parte, Mussolini consideró que la caída de Roma era reversible y trató de restaurarla, por así decir, desde la Via dell’Impero (hoy Via dei Fori Imperiali) como reflejo del pasado desde el que guiarse en el presente (cap. 17).

En suma, Watts demuestra cómo “the decline, fall, and restoration of the Roman Empire represented a call to arms” (p. 226). No obstante, esta historia diacrónica del proceso de declive-restauración de la idea de Roma trata de lanzar un mensaje optimista, pues subraya la necesaria unión de la sociedad actual en un horizonte común de superación ante problemas globales como la pandemia del COVID o el cambio climático. En definitiva, el autor consigue lo que pretende tal y como señala en la introducción: “It is my hope that we can use the example of Rome to think more responsibly about how we talk about and respond to the challenges of our own changing world” (p. 6).